

Finalista en el concurso breve Cada loco con su tena.

LA SEÑAL

Desde hacía un año el desconcierto y la incredulidad eran los sentimientos que presidían su vida. La secretaria lo invitó a pasar con una amable sonrisa y el señor García, director de la agencia literaria “García Castro”, se levantó y fue a su encuentro rodeando el escritorio del despacho:

– ¡Emilio! – dijo manifestando una gran alegría – Cuando me has llamado para comunicarme que te han concedido el primer premio del XXV Concurso Nacional de Literatura, he visto confirmadas todas las expectativas que teníamos sobre ti.

– Lo cierto es que no sé qué decir – dijo azorado.

– La cuantía del premio es importante de por sí, pero te auguro un récord de ventas que definitivamente te consagrará como novelista. Ya ansío ver tu próximo trabajo.

– No nos precipitemos – dijo cada vez más nervioso – no me gustan las prisas.

– ¿Prisa por ganar dinero? Amigo mío, me froto las manos pensando en mi diez por ciento.

Los recuerdos se agolpaban en su mente. El día en que se presentó con el manuscrito bajo el brazo, el trato, sin ser descortés, se acercaba a la indiferencia. Sin embargo, cuando transcurridos dos meses le concertaron una cita, le llamó la atención lo que se le antojó como una cierta ansiedad del director para que firmara un contrato que lo vincularía con la agencia por tiempo indefinido. Inicialmente le propusieron presentar la novela al certamen que acababa de ganar. Todo estaba cambiando rápidamente; quizás de una forma precipitada.

Un año antes el destino quiso que se cruzara con el manuscrito. Desde que lo vio en aquel callejón oscuro, supo que algo o alguien se lo entregaba con un propósito todavía poco claro. Antes de ese hallazgo su vida se encaminaba hacia el borde de un oscuro pozo sin fondo. Cada mañana debía hacer un esfuerzo titánico para levantarse y encontrar el ánimo suficiente para ir a la oficina. Vivía solo desde que María lo abandonó, harta de compartir los días con un fracasado taciturno. La soledad y la monotonía eran el bagaje que le acompañaban en su transitar por la vida. La palabra suicidio, en esos días, era el primer pensamiento al sonar el despertador, pensamiento que subrepticamente aparecía a intervalos a lo largo de toda la jornada.

Aún se le erizaba el pelo cuando recordaba lo acontecido el día en que todo empezó a cambiar. Regresaba sin ganas a su casa tras salir del trabajo, cuando por algún motivo quiso variar el recorrido habitual y, aunque en ese momento pensó que lo hacía para tardar algo más en llegar a un hogar que ya no lo era, ahora creía a piés juntillas que alguna fuerza lo había empujado a hacerlo. Lloviznaba y supo que debía cruzar aquel callejón iluminado únicamente por una farola parpadeante. Cuando casi lo había atravesado por completo, el ruido de lo que le pareció una fuerte palmada hizo que se volviera sobresaltado con el estómago revolviéndose en un doloroso espasmo. No vio nada ni a nadie hasta que percibió que el intermitente cono de luz que proyectaba la destartalada farola, rodeaba un manuscrito. Se acercó temeroso hasta poder leer la portada: “La señal”. El corazón empezó a latirle con fuerza y esa noche no pudo apartar los ojos de la lectura del mismo. Al día siguiente llamó a la oficina para decir que se encontraba indispuesto y se quedó en casa para completar su lectura. Tras girar la última hoja supo lo que debía hacer pero ahora, cuando se precipitaba aceleradamente hacia el éxito, no tenía claro cuál era el propósito del hado

que mueve las piezas del destino. En cualquier caso confiaba en recibir una segunda señal, pues lo único que sabía con toda certeza era que era incapaz de escribir con esa maestría.

Simón cambió de canal cuando se disponían a anunciar la obra ganadora del XXV Concurso Nacional de Literatura. Desde que había dejado de escribir no soportaba ver o leer nada que tuviera que ver con la literatura, aunque sintió una punzada de envidia por quien fuera a ganar el concurso y por lo que fuera que hubiera escrito. Cansado, se calzó las gastadas zapatillas. Isabel le dio las buenas noches mientras lo observaba encaminarse hacia el dormitorio, aunque sabía que lo encontraría despierto cuando más tarde ella misma se fuera a la cama. Quizás había actuado con precipitación, pero alguien con la cabeza fría tenía que tomar una decisión y acabar con esa absurda obsesión que obligaba a Simón a pasar interminables horas escribiendo. Él, sólo preguntó una vez cuando no lo encontró al día siguiente sobre el escritorio. De eso hacía un año pero su desazón seguía siendo patente. No, no se arrepentía de, en un acto impulsivo, haber lanzado el manuscrito por la ventana de la cocina.